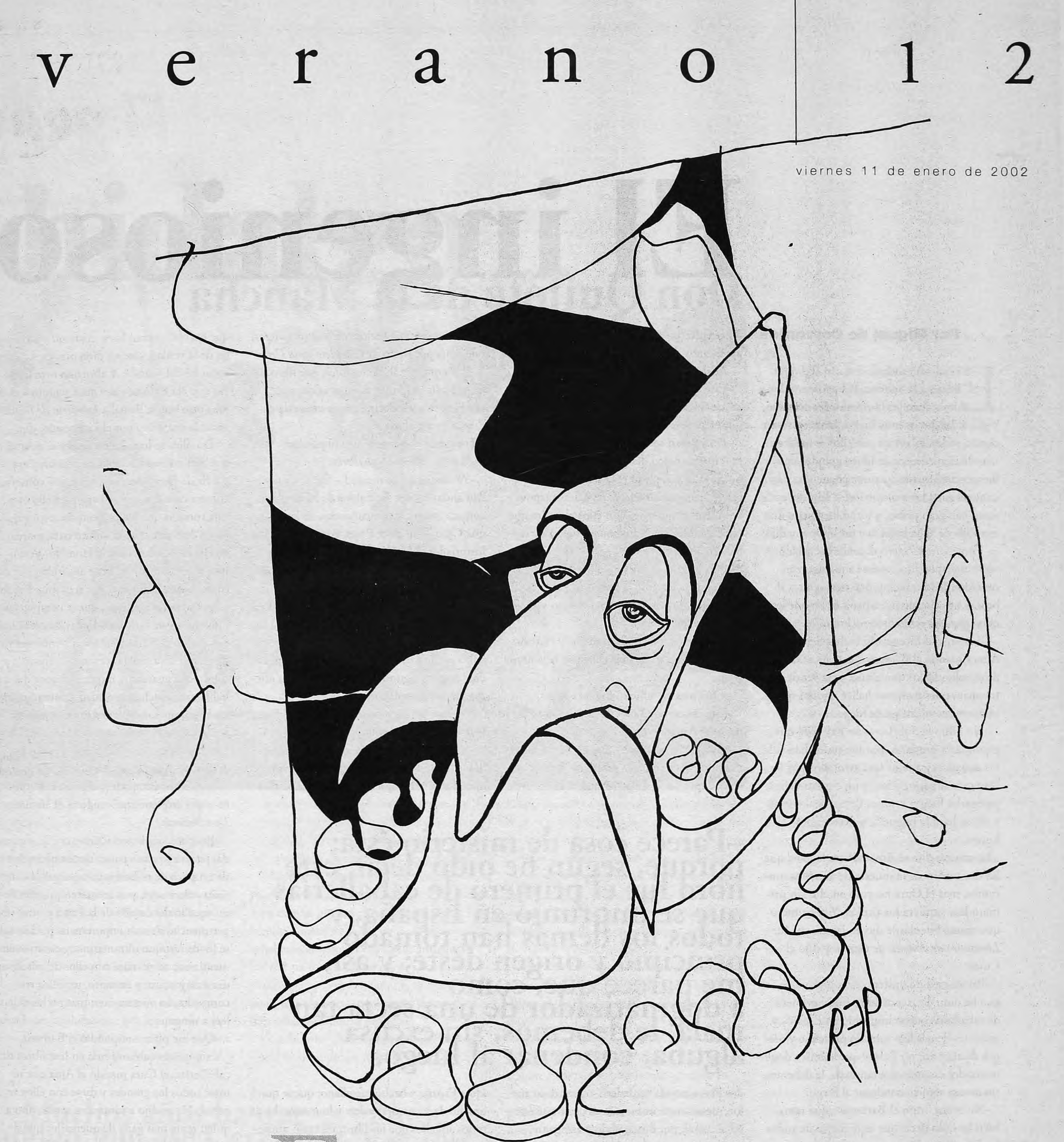
viernes 11 de enero de 2002



En un lugar de la biblioteca del cual no quiero acordarme...

Por Rodrigo Fresán

El otro día un amigo me contaba que, en la televisión, alguien le había preguntado a una célebre *cantaora* española –durante esa quijotesca jornada en que los españoles de bien, conocidos y desconocidos, se turnan para ir leyendo sin prisa ni pausa la magna novela de Miguel de Cervantes– si tenía el *Quijote* en su biblioteca.

La rotunda maja respondió con voz de cañón orgulloso: "Claro, no sólo tengo el *Quijote* sino que también tengo el *Sancho Panza*".

Toda esta introducción para decir que el *Quijote* –como buena parte de los Grandes Libros– es algo conocido por todos de oídas o de vistas (películas, miniseries, comedias musicales), pero rara vez leído.

El Quijote está ahí lo quieran o no, desde los principios de la novelística en español: enigmático y total y multiinterpretable como monolito de *2001: Odisea del Espacio* y, por encima de todas las cosas, polimorfo y perverso y digno de incontables lecturas.

Así, novela de aventuras, celebración de la novela de aventuras, crítica de la novela de aventuras y parodia de la novela de aventuras como engañoso envoltorio para un caballero de triste figura que –junto a un triste príncipe de la podrida Dinamarca– acaba estableciendo las coordenadas de un Hombre Nuevo.

En realidad dos libros diferentes –dados a la imprenta el primero en 1605 y el segundo recién en 1615, una vez repuesto Cervantes de la escritura de la primera parte, dicen–, este díptico que los siglos acabaron uniendo en un todo inseparable no es la historia de un hombre loco (como puede pensarse de buenas a primeras) sino la historia de un libro enloquecido por la cantidad de ideas que bullen en sus tripas y en su cerebro: un libro que, como Alonso Quijano, ha leído demasiado y sale en busca de la razón de una historia que lo justifique.

Por eso –advertencia– su lectura no es sencilla y acaba siendo un gusto adquirido y privilegiado sólo para los más valientes.

El mismo Martin Amis –quien lo define como "la sopa primigenia de la ficción"– llegó a rogar por una "versión convenientemente editada y más corta".

Pero si se persevera, se triunfa: en algún momento de las primeras doscientas páginas, se siente un perfecto *click* –similar al que oímos al leer *Tristram Shandy* o *Moby Dick* o *En busca del tiempo perdido*– del que ya no hay retorno y, locos como el Quijote, ya no se duda en acompañarlo a donde sea.

De algún modo, el lector acaba siendo el Sancho Panza de Cervantes y éste es apenas uno de los muchos juegos inaugurales y metaficcionales que propone jugar esta novela.

Otro de ellos tiene lugar en el capítulo VI cuando, revisando una "librería", aparece el libro y el nombre de un tal Miguel de Cervantes Saavedra.

El ingenioso

Don Quijote de la Mancha

Por Miguel de Cervantes

El cual aún todavía dormía. Pidió las llaves, a la Sobrina, del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana; entraron dentro todos, y la Ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el Ama los vio, volvióse a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

–Tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo.

Causó risa al Licenciado la simplicidad del Ama y mandó al Barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

–No –dijo la Sobrina–; no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores; mejor será arrojallos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos, y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.

Lo mismo dijo el Ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; más el Cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula,* y dijo el Cura:

–Parece cosa de misterio ésta; porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen déste; y así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos, sin excusa alguna, condenar al fuego.

–No señor –dijo el Barbero–; que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

–Así es verdad –dijo el Cura–, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

–Es –dijo el Barbero– las *Sergas (1)* de *Esplandián,* hijo legítimo de Amadís de Gaula.

–Pues, en verdad –dijo el Cura–, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora Ama; abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízolo así el Ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

–Adelante –dijo el Cura.

–Este que viene –dijo el Barbero– es *Amadís de Grecia;* y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mesmo linaje de Amadís.

–Pues vayan todos al corral –dijo el Cura–, que a trueco de quemar a la reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemaré con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

–De ese parecer soy yo –dijo el Barbero.

–Y aun yo –añadió la Sobrina.

–Pues así es –dijo el Ama–, vengan y al corral con ellos.

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dio con ellos por la ventana abajo.

–¿Quién es ese tonel? –dijo el Cura.

–Este es –respondió el Barbero– *Don Olivante de Laura.*

–El autor de ese libro –dijo el Cura– fue el mesmo que compuso a *Jardín de flores;* y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, o, por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir que éste irá al corral, por disparatado y arrogante.

–Este que se sigue es *Florismarte de Hircania* –dijo el Barbero.

–¿Ahí está el señor Florismarte? –replicó el Cura–. Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su extraño nacimiento y sonadas aventuras; que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora Ama.

–Que me place, señor mío –respondía ella; y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

–Este es *El caballero Platir* –dijo el Barbero.

–Antiguo libro es ése –dijo el Cura–, y no hallo en él cosa que merezca venia. Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Abrióse otro libro y vieron que tenía por título *El Caballero de la Cruz.*

–Por nombre tan santo como este libro tiene se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir, "tras la cruz está el diablo": vaya al fuego.

Tomando el Barbero otro libro, dijo:

–Este es *Espejo de caballerías.*

–Ya conozco a su merced –dijo el Cura–. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno, pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

–Pues yo le tengo en italiano –dijo el Barbero–; más no le entiendo.

–Ni aun fuera bien que vos le entendiérades –respondió el Cura–; y aquí le perdonáramos al señor Capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor; y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua: que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando a un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y a otro llamado *Roncesvalles;* que éstos, en llegando a mis manos, han de estar en las del Ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vio que era *Palmerín de Oliva,* y junto a él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Ingalaterra;* lo cual visto por el Licenciado, dijo:

–Esa oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas: y esa palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno; y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que éste y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

–No, señor compadre –replicó el Barbero–; que éste que aquí tengo es el afamado *Don Belianís.*

–Pues ése –replicó el Cura–, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia o de justicia; y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa; más no los dejéis leer a ninguno.

–Que me place –respondió el Barbero.

Y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, el Cura mandó al Ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela, por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del Barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vio que decía: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.*

–¡Válame Dios! –dijo el Cura, dando una gran voz–. ¡Que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre; que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el va-

–Parece cosa de misterio ésta; porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen déste; y así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos, sin excusa alguna, condenar al fuego.

hidalgo



liente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que, por su estilo, es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida. Llevadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto

–Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada.

del os he dicho.

–Así será –respondió el Barbero–; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

–Estos –dijo el Cura– no deben de ser de caballerías, sino de poesía.

Y abriendo uno, vio que era *La Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo, creyendo que todos los demás eran del mesmo género:

–Estos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hace ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero.

–¡Ay, señor! –dijo la Sobrina–. Bien los puede vuestra merced mandar quemar, como a los demás; porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.

–Verdad dice esta doncella –dijo el Cura–, y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.

–Este que se sigue –dijo el Barbero– es *La Diana* llamada *segunda, del Salmantino;* y este otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

–Pues la del Salmantino –respondió el Cura– acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mesmo Apolo; y pase adelante, señor compadre; y démonos prisa; que se va haciendo tarde.

–Este libro es –dijo el Barbero, abriendo otro– *Los diez libros de Fortuna de amor,* compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

–Por las órdenes que recebí –dijo el Cura–, que desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ése no se ha compuesto, y que, por su camino, es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido a la luz del mundo; y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre; que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia.

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió diciendo:

–Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos.*

–Pues no hay más que hacer –dijo el Cura– sino entregarlos al brazo seglar del Ama; y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar.

–Este que viene es *El Pastor de Fílida.*

–No es ése pastor –dijo el Cura–, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

–Este grande que aquí viene se intitula –dijo el Barbero– *Tesoro de varias poesías.*

–Como ellas no fueran tantas –dijo el Cura–, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

–Este es –siguió el Barbero– *El Cancionero* de López Maldonado.

–También el autor de ese libro –replicó el Cura– es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye; y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno fue mucho; guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ése que está junto a él?

–*La Galatea* de Miguel de Cervantes –dijo el Barbero.

–Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada.

–Señor compadre, que me place –respondió el Barbero–. Y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana* de don Alonso de Ercilla, *La Austríada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrate* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

–Todos esos tres libros –dijo el Cura– son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansóse el Cura de ver más libros, y así, a carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el Barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica.*

–Lloráralas yo –dijo el Cura en oyendo el nombre– si tal libro hubiera mandado quemar; porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

[1] *Sarga es tela pintada al temple. Aquí sergas, proezas, hazañas.*

De *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (Alianza) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

correspondencias

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Colegios en el cine

1. "La sociedad de los poetas..." — A. M. Pfeiffer
2. "If" — B. Malcolm McDowell
3. "Al maestro con cariño" — C. Robin Williams
4. "Mentes peligrosas" — D. Sidney Poitier

¿Qué estudia?

1. Bromatólogo — A. Alimentos
2. Enólogo — B. Grutas o cavernas
3. Espeleólogo — C. Insectos
4. Entomólogo — D. Elaboración de vino

Embarcaciones

1. Lugre — A. Piragua larga y estrecha
2. Goleta — B. Nave de vela pequeña y ligera
3. Esquife — C. Nave pequeña de dos palos
4. Carabela — D. Barco pequeño de tres palos

Montañas

1. Monte Blanco — A. Tanganica
2. Kilimanjaro — B. Francia
3. Aconcagua — C. Argentina
4. Corcovado — D. Brasil

cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

MANCHA EN EL CUTIS · DAN ALARIDOS · (... PRODÁN) MÚSICO DE ROCK · DÍA MEDIO DEL MES ROMANO · PUNTO POR DONDE SALE EL SOL · SONREIRÁS · DI BRILLO O LUSTRE A UNA COSA · DISTINTO · EVITAR, ESQUIVAR · SIDDHARTA GOTAMA · CUMBRE DE BOLIVIA · RELOJ CON UN CUCLILLO · AVE SAGRADA DE LOS EGIPCIOS · ÓRGANOS LOCOMOTORES DEL AVE · PREFIJO: EUROPEO · PERSONA QUE SE HACE PASAR POR ALGUIEN QUE NO ES · PONER HUEVOS LAS AVES · CAMINAR · QUE RECONOCE SU CULPA · INTERÉS BANCARIO · DESINENCIA DE LAS PROTEÍNAS · AMARILLO OSCURO · CARTAS DE LA BARAJA · ESTÉ MUY ENFADADO · SUSTRAJE UNA PARTE DE UN TODO · AVE GALLIFORME · APUNTAR, ESCRIBIR · REGIÓN HISTÓRICA DE ESPAÑA · DEPORTE ACUÁTICO QUE SE PRACTICA SOBRE UNA TABLA · CARRIL FERROVIARIO · CURVA CERRADA SIMÉTRICA · PURO, SIN MEZCLA · (CARRE) ACTRIZ FRANCESA · PERCIBIESEN SONIDOS

crucigrama

Columnas: 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 — Filas: 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11

AYUDAS: PACO, SIJ.

HORIZONTALES

1. Leche cuajada por fermento láctico, de gran riqueza vitamínica./ Film camaleónico de Woody Allen.
2. Que tiene aspecto de ópalo.
3. Probar algo para examinar su sabor./ Signo de la resta.
4. Encargada de cuidar a los niños./ Período de doce meses./ Amarre.
5. Lusitana./ Consonante (pl.).
6. Hurten por medio de violencia o engaño.
7. Nombre dado al falso dios egipcio Ajnatón./ En contabilidad, columna opuesta al haber.
8. (... "King" Cole) Cantante./ Iniciales del actor O'Toole (Lawrence de Arabia)./ Fogón.
9. Pone iridiscente./ Negligente.
10. (Marco Tulio) Político y orador romano.
11. En lugar inferior./ Provincia de España.

VERTICALES

1. Plantío de yuca./ Alma.
2. Juntar, reunir.
3. Partículas esféricas de líquido./ Relativa al oído.
4. Voz usada para impulsar a los bebés a que se levanten./ Acido ribonucleico./ Secta religiosa monoteísta que vive en el Estado de Pendjab (India).
5. Exótica./ Guerrillero moro.
6. Nublo.
7. Prefijo: levadura./ Libro que contiene la ley judía.
8. Decimosexta letra castellana./ En inglés, fin./ Peso molecular expresado en gramos.
9. Tela fuerte de algodón (pl.)./ Nombre de mujer.
10. Observabas desde lo alto.
11. Cuerpos aeriformes a temperatura y presión ordinarias./ Reparte la paga.

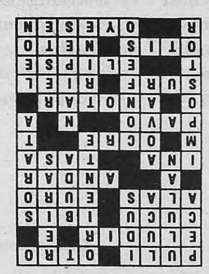


soluciones

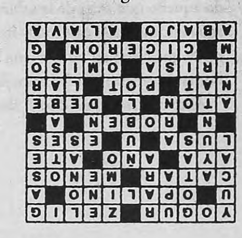
correspondencias

Colegios en el cine: 1-C, 2-B, 3-D, 4-A. **¿Qué estudia?:** 1-A, 2-D, 3-B, 4-C. **Embarcaciones:** 1-D, 2-C, 3-A, 4-B. **Montañas:** 1-B, 2-A, 3-C, 4-D.

cruci-clip



crucigrama





1. Aprendé a jugar gratis y llevate cartas de regalo.
2. Comprá un mazo de Séptima Edición y llevate una carta de Odisea.

